

inteligencia», «el pensamiento sensorio-motriz», «aparición y desarrollo del pensamiento simbólico», la teoría de los procesos estructurales y operacionales, y la influencia de los factores ambientales en las diversas etapas del desarrollo. Otros conceptos teóricos utilizados por Piaget, fundamentales para dotar de coherencia a la teoría piagetiana, como el de «la inteligencia como un proceso evolutivo», «de adaptación», «equilibrio», «cambio estructural» y «organización», son estudiados por Richmond antes de pasar al último capítulo, en el que se aplica la teoría a los problemas planteados por las situaciones de aprendizaje y se enlazan las secuencias del desarrollo con la práctica y el contenido de la educación. Hay también un apartado que se dedica a mostrar algunas de las críticas y dificultades presentadas por otros pensadores a las teorías de Piaget, y como, por otra parte, el autor hace continuamente referencias y presenta textos originales, no hay un peligro excesivo de distorsión del conjunto de la psicología.

■ F. ALMAZAN.

Paseo por la lingüística

El estructuralismo fue, antes que nada —antes que un compuesto filosófico-científico—, una manera nueva de considerar el lenguaje, extrayendo su estudio de la tradición historicista, y ello a partir del «Curso de Lingüística General», de Ferdinand de Saussure (1916). Por ese camino abierto oportunamente se han precipitado investigadores y escuelas, acumulando experiencias y descubrimientos con insospechadas ramificaciones. El autor sueco Bertil Malmberg ha realizado un excelente examen de los problemas generales de la lingüística, iluminados como lo están por estas luces de ahora, y su estudio se publica en España con el título «La lengua y el hombre». La traducción de Javier López Facal y Kristina Lindström es excepcionalmente clara, directa y ajustada; los ejemplos castellanos añaden claridad a un texto que la tiene de por sí.

«La lengua y el hombre», de Bertil Malmberg. Ediciones Istmo, colección Fundamentos. Madrid, 1970.

Ilustrando el cine no sólo enciclopédicamente

Resulta especialmente difícil trazar la reseña crítica de un libro que presenta carácter enciclopédico y viene escrito por un conjunto de veintitrés redactores. Este es el caso de la *Enciclopedia Ilustrada del Cine* cuyos tres tomos terminados de publicar recientemente Editorial Labor. Para dar un juicio exacto sobre la validez total de la obra, sería preciso ir analizando casi uno por uno los cuatro mil artículos y pico que la componen o, al menos, aquellos que junto a la información sobre un autor, intérprete, película, escuela o país, insertan un comentario crítico que trata de situar en sus exactos límites

dia, debido especialmente —pienso— al trabajo de coordinación de Joaquín Romaguera y al de supervisión general de José Luis Guarner, miembro también del comité editorial que completan Salvador Clotas y Joaquín Jordá.

LA ELECCION DE COLABORADORES

Dos aspectos más que merecen resaltarse son lo insólito que resulta la elaboración de una obra como ésta dentro del contexto cinematográfico español y el criterio que ha presidido la elección de colaboradores, posibilitador del planteamiento antes descrito. Vayamos por partes. Creo que insólito —y casi demencial— resulta elaborar un texto en el que, por ejemplo, se citan alrededor de las treinta mil películas dentro de un país que

cuadro de colaboradores que garanticen la cohesión ideológica de que antes hablábamos y una seriedad ante el hecho estético, ya acreditada a través de sus textos anteriores. Desde Manuel Villegas López a César Santos Fontenla o Julio C. Acerete hasta Román Gubern y Ricardo Muñoz Suay, pasando por Jesús García de Dueñas, Joaquín Jordá o José María Picó Junquera, existe una línea común de responsabilidad cultural que cualquier mediano lector de publicaciones cinematográficas conoce a la perfección. Es cierto que ya casi existe una nueva generación crítica con respecto a los más jóvenes de cuantos elaboraron esta «Enciclopedia Ilustrada del Cine», con planteamientos y opiniones que —partiendo de una idéntica seriedad pero no llegando a los mismos resultados— ofrecerían un nuevo aspecto de muchos de los artículos en ella insertados. Es un proceso prácticamente irreversible dentro de un fenómeno tan cambiante y aniquilador como es el cine.

EL OTRO LADO DE LA BALANZA

Junto a esta valoración plenamente positiva de sus casi mil ochocientas páginas, existen detalles no tan satisfactorios que también me parece justo comentar y no sólo por aquello de la balanza que constituye toda crítica ortodoxa. Echo en falta la presencia de diversos hombres o instituciones (un Angelo Rizzoli o la M. P. E. A., por ejemplo) que, a nivel industrial y económico, han alcanzado una gran significación dentro del cine, por discutible y hasta condenable que sea su papel desde un enfoque cultural. Y si, en general, el sector financiero está descuidado, lo contrario sucede con el de nombres españoles y sudamericanos, excesivamente generoso aun cuando la proliferación venga claramente marcada por un deseo de atraer posibles compradores dentro de unos mercados no excesivamente bien predispuestos hacia los libros de carácter fílmico. No insisto en otros detalles menores (como el de establecer que Jesús Yagüe se dedicó a la realización de cortometrajes dos años antes de haber nacido), debidos habitualmente a errores de imprenta, pero sí hay uno que me parece grave: la remisión en varias ocasiones a la ficha sobre el «Production Code» norteamericano, ficha que jamás aparece. Asimismo, creo equivocado no

informar en cada caso si la filmografía que se establece tras cada artículo dedicado a un personaje importante es completa o sólo selecciona los títulos más significativos. Filmografías que, por otra parte, alcanzan una actualidad realmente sorprendente en una obra de características editoriales tan complejas como ésta.

Y son estas características las que componen la segunda parte de la «zona» negativa. La *Enciclopedia* resulta cara (prácticamente, cinco mil pesetas sus tres tomos) con respecto al consumidor medio de este tipo de libros especializados, aunque pueda aprovecharse de los «cómodos plazos mensuales». Ciertamente que esa carestía va en función de cómo ha sido editada la obra, realmente costosa, pero creo que una mayor modestia podría haber equilibrado el factor económico. Y hubiese resultado hasta beneficioso para el mismo texto pues su formato actual (26 x 26) es poco manejable a la hora de consultar y tampoco las ilustraciones gráficas a toda página y en color poseen una excesiva riqueza (sí las de blanco y negro, a cuyo total ha contribuido TRIUNFO). Aunque éste ya es un terreno puramente especulativo, pienso que la *Enciclopedia* de Labor habría obtenido una mayor difusión editada en varios tomos más, reducidos en cuanto a tamaño, páginas y precio. Lo deseable es que ahora, de tiempo en tiempo, unos apéndices actualicen continuamente todos sus textos, incluidos los utilísimos documentos epilógicos de cada tomo (premios de los Festivales Internacionales de la F. I. A. P. F., Oscar concedidos y vocabulario técnico-cinematográfico).

UN DOBLE OBJETIVO

Tendríamos que acabar esta reseña con la frase calderoniana sobre el error en lo secundario y el acierto en lo principal. Pero recurramos a la propia obra: «La *Enciclopedia Ilustrada del Cine*» se ha propuesto el objetivo de proporcionar a la vez un panorama general del cine, dentro de sus múltiples aspectos, y un punto de vista tan concreto y clarificador como el que pueda desprenderse de una monografía especializada». Objetivo suficientemente cumplido, pues, al de esta obra única y solitaria dentro del panorama bibliofílmico español. Manuel Villegas López parece decidido a invalidar, dentro de poco tiempo, esta última frase. ■ FERNANDO LARA.



los datos propuestos. Porque, a diferencia de lo que es habitual en este tipo de trabajos, la *Enciclopedia* de Labor insiste de manera decisiva en la valoración de cuanto toca, sin estancarse en una insuficiente —y clásica— objetividad informativa, que se ve desmentida desde el punto y momento en que lógicamente no se abarca la totalidad del hecho sino que se efectúa una selección sobre él. Partiendo de un nivel ideal y por tanto erróneo, dicha valoración vendría dada por el absoluto acuerdo ideológico-estético entre cuantos han colaborado en la redacción de los tomos. Conscientes de que ello no podría ser así, a pesar de una serie de claras concomitancias en los planos antes citados, cada artículo que plantea una postura crítica explícita viene refrendado por la firma de quien lo ha escrito. Es uno de los mayores aciertos de la *Enciclope-*

carece de filmoteca, de bibliotecas especializadas (salvo algún caso particular, como la de Delmiro de Caralt o la de Miguel Porter Moix), de ficheros completos, de información suficiente... Si para realizar cualquier mínimo estudio, el crítico español se halla en aprietos que su colección particular no siempre puede resolver, imagino que para llevar a cabo cuatro mil fichas en cinco años de trabajo, los problemas habrán sido monstruosos. El que, excepto fallos casi siempre menores, se haya salvado este obstáculo esencial pienso que dice mucho de la calidad de los redactores cuya selección afortunadamente difiere —y aquí entro en el segundo aspecto— de lo que parece habitual al enfocar trabajos de carácter enciclopédico. Frente a la veteranía —y torpeza— de la «crítica oficial», del gacetillero establecido, se prefirió acudir a un